



DANA HART

LA SOLEDAD DEL MAPA

Le gustaba que le dijeran “Reina”. Todo era parte del show. El asunto era parecersele tanto como fuese posible. En los dientes salidos hacia afuera, el bigote tan característico sobre los labios, el pelo corto y por supuesto, el vestuario, fabuloso. Lentejuelas, tachas, colores de todo tipo, rojos vivos, blancos, todo ceñido al cuerpo, pegado como si fuera la piel. Zapatos llamativos, pero no tan aguja como para no dar movilidad en el escenario. Y la voz, la importancia de la voz, bien entonada.

Había ensayado durante años. Desde la ducha. Cuando era solo un niño que tarareaba sus canciones. Fue un largo camino hasta constituirse en banda tributo y ser su protagonista. Después de todo hay decenas de miles de Freddy`s Mercury`s, sobre todo para ciertas fechas.

Lo principal es que era un papel que le permitía mostrarse tal cual era, sin tener que dar explicaciones a nadie. Una reina. Y le gustaba que le dijeran “Reina”, pues lo era.

Viernes y sábado a la noche por igual, transcurría el recital sobre tablones mojadas de barras baratas. Eso no le importaba. Pensaba que ya habría tiempo para triunfar. No era decadente como Tony Manero. Todo lo contrario. Era el tesoro más escondido de la ciudad. La voz estaba. Resonaba entre los vasos sucios como si fuese de hierro, tiritaban las tabernas.

Pero no era suficiente con eso. No bastaba con tener talento. No bastaba con la dicción. Impostar bien la voz y proyectar. No bastaba con dar un buen espectáculo. La ciudad aquella solo le había asignado un lugar, el precario. Pese al esfuerzo y sacrificio, a las noches en vela buscando los

acordes entre sus cuerdas, nada bastaba para aquella ciudad.

- ¿Sabes qué soy? Dicen que la inspiración llega después de las dos primeras estrofas. ¿Sabes qué soy? Soy el sonido del silencio. La soledad de un mapa, en las manos de un viajero.

En los bares se le acercaba gente con propuestas indecorosas. Una vez, un hombre envuelto en una chaqueta blanca de cuerina, le propuso formar una banda. Otra vez, uno dijo que era productor y lo invitó a tomar un café, que terminó convirtiéndose en una tocadita de pierna y la Reina tuvo que salir corriendo.

También venían hombres ricos, a pedirle participara en sus fiestecillas personales, pero nunca aceptaba ningún tipo de show de más de tres estrellas.

El trabajo en sí, le implicaba un importante esfuerzo. La dificultad mayor no era imitar la voz, ni imitar el bigote, o la vestimenta. El problema más grande era imitar la pasión, casi imposible, con que la verdadera Queen fruncía las medias.

Pasión. Esperanza. Coraje. Esas si son cosas difíciles de imitar. Imposibles. Cualquiera puede ponerse una dentadura falsa, pero sentir, en lo más profundo del corazón, eso no es tan fácil.

Pasaba muchas horas, yendo de una ciudad a la otra, como parte de sus giras. Llevaba un bolso con todas sus cosas y arrugadito un mapa, que le mostraba su propia soledad, combinada con un conjunto de puntos de referencia y líneas.

Hubiera querido ser una celebridad. Tomar una copa de champagne en los camarines y verse a un espejo lleno de reflectores. Que la reconocieran en la calle y le pidieran una foto y

un autógrafo. Ser alguien increíble como Cecilia, la incomparable o la enemiga del Papa, Sinead O`Conor. Pero la fama nunca desayunó en su mesa. No se le dio aquello de la popularidad, ni siquiera en la escuela. Siempre se sintió como un ser diferente, como de alguna otra madera.

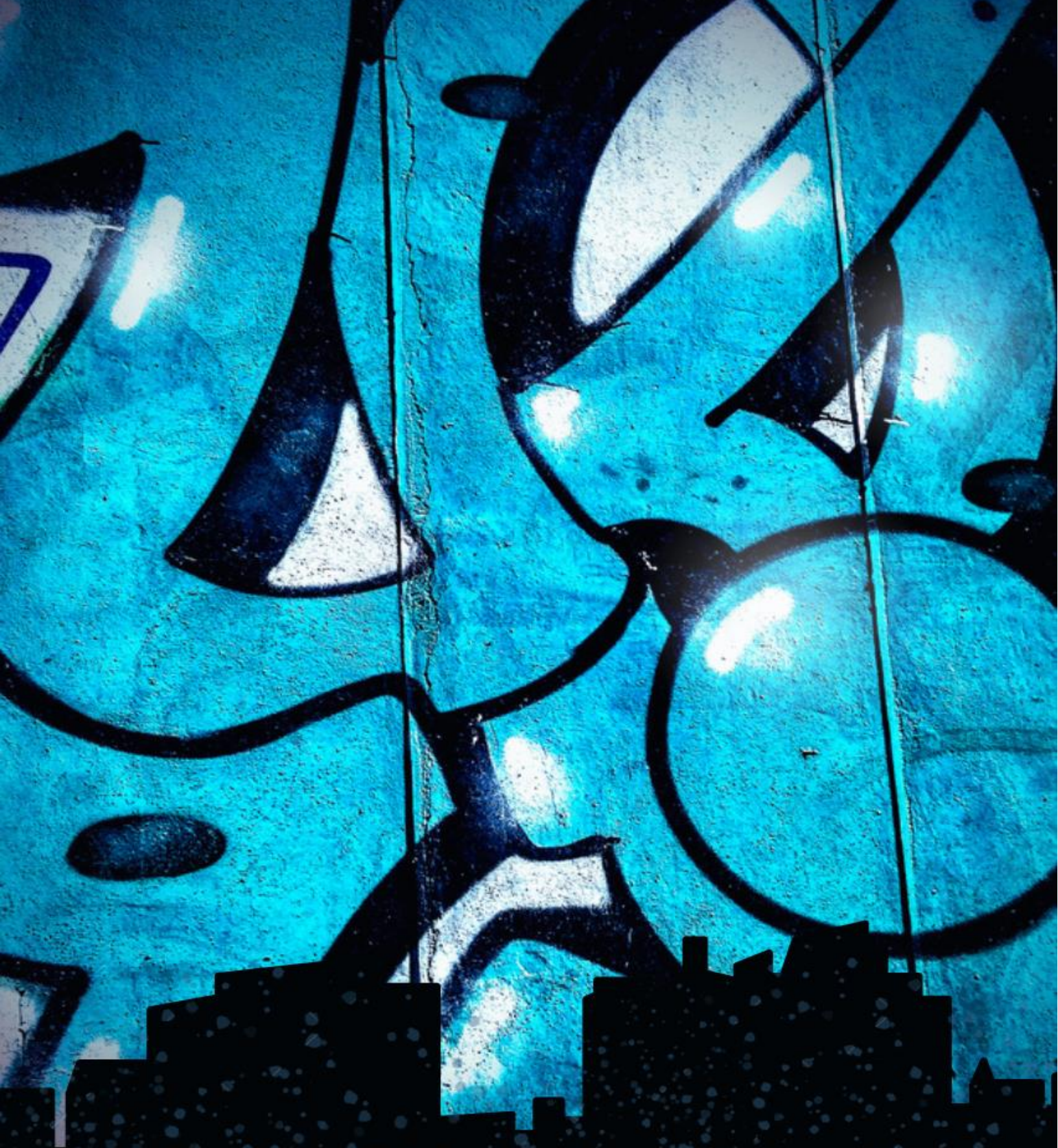
Creía que caía mal en todos los círculos, igual a una maldición, como si llevase tatuada en su frente una palabra que hiriera todas las susceptibilidades al mismo tiempo. Pero no hacía nada por caer mal. De hecho, se preocupaba de sobre manera por caer bien. Jamás estallaba. Se guardaba todas las ganas de insultar, enojarse, y decir sus verdades.

Solo quería, entonar. ¿Pero valía la pena cantar, si nadie quería escuchar? Si no había nadie en el bar. Si solo el humo de las tabernas hablaba. ¿Valía la pena cantar igual?

Veía a otras personas adquiriendo notable fama y popularidad, a partir de lo que consideraba méritos mucho más pequeños, un talento más pequeño, canciones más pequeñas, personalidades más pequeñas. No entendía por qué la varita del éxito, tocaba de manera tan azarosa. ¿Un perrito con dos colas, encanta más que una mujer que llegó a la luna?

No le caía bien, ni siquiera al algoritmo. Que la evadía y no le colocaba sus presentaciones a nadie. Era, como si la propia Inteligencia Artificial se encargara de hacerle Bullying.

¿Valía la pena cantar igual? Sin me encantas. Sin aplausos. Sin reflectores. ¡Valía! Porque como dijo un músico de jazz, no podía dejar de escuchar el sonido de la música en su cabeza. Estén ustedes allí; ¡O No!



[WWW.DANAHARTESCRITORA.COM](http://WWW.DANAHARTESCRITORA.COM)